

lilla, en realidad se retrasaba, "sine sis", el viaje del Rey a Marruecos, como compensación del de Suárez a Argelia ya anunciado. Tras toda la operación "repulsa" expresada por todas las instancias españolas, se puede deducir que ha habido un peligroso "adelantamiento de los acontecimientos previstos". El malestar en Washington es evidente. La actitud de Suárez iniciando una apertura a Argelia, así como los acuerdos de La Habana, además del anunciado viaje de Tito a Madrid, supone un tímido intento de independentismo, una primera fase de "no alineación" que molesta a las esferas de poder próximas a los Estados Unidos. En Rabat se precisaba que el tema de Ceuta y Melilla estaba ligado al de Gibraltar. Se descubría el juego.

La posición de Adolfo Suárez queda con estas bazas más consolidada ante amplios sectores de la opinión pública; sin embargo, se crea una peligrosa fisura en el Gobierno. Los sectores más conservadores o próximos al Opus Dei, así como la Zarzuela, no verían con buenos ojos la nueva actitud de Suárez. Se repite el esquema del Sahara antes de la muerte de Franco. Cortina Mauri mantenía unas fructíferas relaciones con Argelia, el lobby hispano-marroquí presionó para deteriorar dichas relaciones y Solís Ruiz, Carro Martínez y Arias Navarro llevaron a cabo los acuerdos de Madrid para la cesión del Sahara. No sería de extrañar que ahora, tras todas las declaraciones, ya estuviese pactada la entrega de Ceuta y Melilla y los peñones. El lobby —presente también en el nuevo régimen— continúa intacto.

En todo caso, la "Zona" está ya reestructurada. Ni a Washington ni a Moscú les interesa otra actividad conflictiva. La guerra contra el Polisario le cuesta a Rabat —según fuentes oficiales— un millón diario de dólares. Otro tanto sucede en Argel. En las conversaciones en Libia entre Ahmed Guedira, hombre de los grandes planes de Hassan II, y Dlimi con El Gaddafi, se acepta a regañadientes la solución "Giscard", un Estado saharauí más abajo del paralelo 24. El Polisario, por su parte, de la mano de Ahmed Bukhari negociaba con Rupérez buscando un reconocimiento del Gobierno español que Suárez estaba dispuesto a conceder —por innegable influencia de Fidel Castro—, mientras que Oreja, enfilado entre los dos fuegos opuestos del Gobierno, negaba. UCD reconocía en un comunicado conjunto el derecho a la autodeterminación del pueblo saharauí, de acuerdo con la carta de la ONU y la resolución 1514 de 1960. Gafar el Numeri, Presidente del Sudán, de visita en Madrid, actuaba, a su vez, de notario —como presidente de

la OUA— sobre la actitud española respecto al Sahara.

De la escisión de posiciones en el Gobierno da idea el forcejeo para la liberación de los pescadores canarios. Oreja no daba el visto bueno al acuerdo llegado por Rupérez, se discutió la fórmula "reconocer al pueblo saharauí" o a la República Democrática Árabe Saharaui. Marruecos, por su parte, había quedado aislado, la operación "Magreb" de Giscard d'Estaing había sido un éxito. En Nueva York se filtraba la noticia de que Bucetta intentaba una compra de armas en Israel, temerosa de los embargos español y norteamericano. En París, Giscard anunciaba una espera de diez años para la incorporación de los nuevos miembros mediterráneos al Mercado Común.

Rupérez viajó a Madrid para explicar al sector más conservador del Gobierno la postura de UCD respecto al comunicado, en el que se reconocía la independencia saharauí, posteriormente, reformada a autodeterminación. Una fracción del Polisario es contraria a las negociaciones por considerar que es necesaria la "total liberación" del territorio. Sin embargo, el plan "Giscard" acabará aplicándose. Tras algunos tiras y aflojas, los pescadores de Las Palomas llegaban a Madrid, sin que el PSOE pudiese intervenir.

La "Zona" quedará en los próximos meses definitivamente consolidada. Marruecos aceptará, al Sur, un Estado Polisario, a cambio recibirá Ceuta y Melilla. (El dique de Beni Enzar en aguas marroquíes llega ya a las aguas melillenses sin que haya habido protestas españolas. Existe la creencia de que está acordado desde hace tiempo su construcción, que sólo sería posible de ser Melilla marroquí.) Gibraltar se integrará en España manteniendo la base de la OTAN, que ahora sería atendida por españoles —o una instalación conjunta, aunque con bandera española—. Portugal irá cediendo, lentamente, en la posición de las Azores. En Canarias, tras el ingreso de España en la OTAN, se establecería otra base sustituyendo a la de Rota, que se desnucleariza, por la nueva autonomía de los submarinos, en 1979. Esta base estaría atendida por fuerzas españolas, según han señalado personalidades de la OTAN, como Joseph Lunds en unas recientes declaraciones a *La Vanguardia*. Argelia vería el establecimiento de la República Democrática Árabe Saharaui como una liberación de sus cargas de guerra. A Mauritania no le preocupa ceder su territorio, ya que a duras penas puede controlarlo. España no tendrá en sus manos el control de las dos orillas del Estrecho. El plan "Giscard" —con el apoyo de Carter— es ya un hecho. ■

Alexander Haig.



EL GENERAL QUIERE SER PRESIDENTE

Al general de cuatro estrellas Alexander Haig se le ha subido la OTAN a la cabeza. No le basta tener la responsabilidad máxima de las fuerzas de la Alianza, sino que últimamente parece ambicionar el sillón de la Casa Blanca. Por suerte para él, Haig es norteamericano de nacimiento, y no sólo de nacionalidad, como le ocurre al ex secretario de Estado y embajador volante Henry Kissinger, quien, de no ser por ese handicap, con toda seguridad habría colocado ya allí sus posaderas. El comandante en jefe Haig sabe que tiene a su favor, como potencial candidato a la Casa Blanca, los vientos conservadores que de un tiempo a esta parte soplan con fuerza en los Estados Unidos. Y no duda en aprovecharlos cada vez que puede.

En su última carta de la OTAN, Alexander Haig llegaba a acusar a los políticos de los países miembros de la Alianza de no tomar suficientemente en serio la amenaza soviética. Únicamente los hombres de uniforme permanecían vigilantes, garantizando nuestra seguridad colectiva.

Para demostrar la gravedad del rearme de la URSS, mientras se preparaban las maniobras de otoño de la OTAN, que habrían de tener lugar en todo el territorio de la República Federal durante la segunda quincena de septiembre, el general Haig dejó que se filtraran a los medios de prensa ciertas informaciones habitualmente confidenciales sobre el nuevo armamento de los soviéticos. Al mismo tiempo, desde el cuartel general de la OTAN, se intentó presentar las citadas maniobras como "las más importantes de los treinta últimos años", es decir, como una auténtica demostración de fuerza frente al Pacto de Varsovia.

Las bravatas del general Haig, unidas a las continuas declaraciones alarmistas de otros altos militares de Bruselas, sede de la Alianza Atlántica, han comenzado, sin embargo, a disgustar, cuando no a inquietar, en los círculos políticos de la RFA, temerosos de que todo ello pueda afectar al acercamiento entre Bonn y Moscú, augurado por la visita de Brejnev al canciller Schmidt el pasado mes de mayo, con lo que de paso, se daría al traste con la delicada política de distensión entre bloques.

Así, según "Der Spiegel", un alto funcionario del Ministerio de Defensa alemán criticaba recientemente, durante una entrevista radiofónica, la valoración que había hecho Haig de las últimas maniobras de la OTAN, por un lado, y de la capacidad militar de la URSS, por otro.

Ya hay incluso quien acusa a los militares de la OTAN de exagerar deliberadamente la importancia del poderío soviético y de alarmar innecesariamente a la opinión pública de Occidente. Según estos críticos, todos ellos civiles, las cifras ofrecidas por las fuentes militares de Bruselas sobre los efectivos del Pacto de Varsovia están hinchadas artificialmente. Un solo ejemplo, aunque significativo: en los informes de la OTAN se cuentan todas las armas nuevas que entran a formar parte del arsenal del enemigo, pero no las que éste va descartando por anticuadas o inservibles.

El próximo diciembre tendrá lugar una reunión de ministros de los países miembros de la Alianza Atlántica. Para entonces, los servicios de información están preparando un "dossier" sobre la capacidad militar del Pacto de Varsovia. Informe cuyos resultados, por el momento, no parecen justificar totalmente el alarmismo del presidente Haig y sus inmediatos colaboradores. Tal vez entonces, en esa reunión, los políticos intenten recuperar la iniciativa. ■ JOAQUIN RABAGO.